

## EL MERIDIANO

Carlos Sauras

Trenes  
a Teruel

Asoman algunas noticias positivas sobre el ferrocarril de Zaragoza a Teruel, que tantas décadas de decadencia arrastra. Se trata de la licitación de la adaptación de los enclavamientos de la línea Zaragoza-Teruel-Sagunto, los sistemas de gestión que regulan el tráfico en estaciones y trayectos de vía. El Administrador de Infraestructuras Ferroviarias lo ha licitado por un importe de 995.807 euros, con un periodo de ejecución de cuatro meses. Con el nuevo sistema se permitirá la circulación de trenes de mercancías de hasta 750 metros.

Las compañías de mercancías volverán a circular, al garantizar a los convoyes desplazarse con seguridad en esos 315 kilómetros. Mientras, la línea se va mejorando y se han invertido 127 millones de los 386 previstos. Se espera que la línea esté lista en 2022, aunque la electrificación se demorará hasta 2023.

Bienvenidas, esas noticias porque esta vía presentaba numerosas incidencias graves. Hace ya tiempo que, en lo que se refiere a los trenes de media distancia, se denuncia el altísimo número de incidencias graves que soportan. Incidencia grave significa para Renfe cualquier problema que provoca un retraso superior a los 30 minutos. En respuesta a preguntas de diputados del PP en el Congreso, el Gobierno informaba que solo en los trenes que circulan desde Zaragoza hacia Teruel y hacia Canfranc se dan un total de 200 incidencias graves. Más de cien se producían también en la línea Madrid-Zaragoza-Caspe-Barcelona y un número también muy importante en la de Burgos-Pamplona-Zaragoza, en la de Lérida-Zaragoza y en la línea Zaragoza-Castejón de Ebro.

En otra línea también se han denunciado problemas. La comarca del Bajo Aragón-Caspe y las tarraconenses de Terra Alta, Ribera del Ebro, Priorat y Baix Camp exigen la mejora de la línea de tren de Zaragoza a Barcelona pasando por Caspe, Mora la Nueva y Reus. Su estado se degrada de día en día. Son los problemas que, en general, sufren los trenes que cubren los servicios regionales en Aragón. En particular, el estado de las infraestructuras —es decir, la falta de inversión en mantenimiento— y las características de los vagones y locomotoras que se utilizan que, a veces, vienen de rebote de otras comunidades donde se han puesto en servicio unidades más modernas.

## LA TRIBUNA | Ana Isabel Elduque

## 'I wanna breathe'

La violencia verbal con la que se tratan unos a otros nuestros representantes políticos está creando en España un ambiente asfixiante. Los ciudadanos queremos respirar

«I can't breathe» (no puedo respirar) se ha convertido en el lema de los manifestantes norteamericanos que protestan contra el comportamiento excesivamente violento y tendenciosamente discriminatorio de determinados policías de aquel país. Creo que todos sabemos de dónde procede la frase, que dejaba claro que George Floyd no podía respirar. Estas palabras, si el actual inquilino de la Casa Blanca sigue con su obcecación, pueden convertirse en tan icónicas como el «I have a dream» que pronunció Martin Luther King en plena lucha por los derechos civiles.

Aquí, en nuestro país, parece que este problema no es uno de los muchos que nos acucian en estos tiempos de zozobra. Pero también podemos decir bien alto que no podemos respirar. No por la asfixia física que provocó la muerte de Floyd, pero sí por el desolador espectáculo al que nos vemos sometidos todos los días en los boletines de noticias. Caminamos por la calle, estos primeros días posteriores al estado de alarma, y

lo que más vemos son colas de personas. No es que nuestra economía se haya vuelto soviética, donde la gente hacía cola porque eso significaba que allí había algo. Esperamos pacientemente hasta para conseguir una mesa en una terraza para tomarnos una sencilla caña. No veo discusiones más allá de las que siempre hay en cualquier situación normal. Hasta cuando algún grupo político llama a hacer una demostración de protesta contra lo que sea, los que acuden solo son reconocibles por las banderas u otros distintivos que portan. Acabado el acto, a buscar la terraza más próxima, como el resto.

Pero esto cambia en cuanto nos ponemos a ver el primer telediario. Golpistas, guerracivilistas, inconscientes, ocultadores de la realidad, poder absoluto, liberticidas y mil delicadezas más es lo que se oye. He dicho antes que la violencia policial no parece estar entre nuestras preocupaciones, pues no la hay, pero la violencia verbal de los políticos nada tiene que envidiar a las imágenes que vemos de las noches estadounidenses.

Además de que nuestros representantes parecen vivir en otro país diferente al mío, también me he percatado que lo que vemos en las Cortes y en las ruedas de prensa en Madrid está varios órdenes de magnitud por encima del comportamiento que se produce en el resto de los parlamentos españoles. Un castizo podría decir sin temor a equivocarse que «como en Madrid no se grita en ninguna parte». Estás, querido lector, leyendo una publicación que no se edita en la capital, y esta debe de ser una de las causas por las que el tono de casi todos los que nos asomamos a esta ventana es bastante conciliador. Por ello no espero ser invitada a opinar en los medios capitalinos, más dados al vocerío para sus prosélitos que al fomento de la reflexión. Las que no estamos acostumbradas a los

**«Un castizo podría decir sin temor a equivocarse que “como en Madrid no se grita en ninguna parte”»**

hábitos de la Villa y Corte, no podríamos alcanzar sus expectativas.

Creo que nos falta aire en nuestras mentes. Pero todo lo que veo y oigo me hace ser pesimista sobre la capacidad que tenemos de superar diferencias. Se escuchan llamadas a la defensa de la democracia como si estuviéramos al borde de una cruel dictadura, una de esas que hemos sufrido en España varias veces. Se olvidan de que la primera regla es aceptar que el gobierno solo lo puede ejercer legítimamente el que, tras unas elecciones libres, consigue los apoyos parlamentarios suficientes. Negar esto desde la tribuna del Congreso es una deslealtad, y un sinónimo de desleal es felón.

Este es el aire que nos falta. El que entra a bocanadas en una habitación cerrada cuando se abre al exterior. Nuestros políticos están comportándose como fallebas oxidadas que impiden abrir las ventanas. Parecen no tener otro discurso que el de la destrucción del contrario. Me temo que muchos ocultan su miedo a que el aire fresco llegue en forma de vendaval que nos deje ver su falta de ideas.

No quiero ver mi país dividido en una confrontación estéril y fratricida una vez más. Quiero respirar. Prefiero 'I wanna breathe' (quiero respirar) a 'I can't breathe'.

Ana Isabel Elduque es catedrática de la Universidad de Zaragoza

## EL FOCO | Ramiro Domínguez y Adrián Vázquez Lázara

## La hora del campo

La crisis del coronavirus ha puesto de relieve la importancia estratégica del sector agroalimentario. Se trata de una oportunidad de desarrollo que Aragón debe aprovechar

De repente, el campo existe. De repente, el campo importa. La emergencia del coronavirus nos ha puesto ante realidades olvidadas: la necesaria confianza en que mercados y comercios estén bien abastecidos de productos frescos y de primera necesidad, la trascendencia del sector agropecuario en la economía y la alimentación, su papel en el anclaje de la estructura social en la España vacía... Hay mucho que matizar, pero si a alguna comunidad autónoma le viene bien este golpe de realidad es a Aragón.

El 96,7% del territorio aragonés está calificado como rural. El 42,8% de la población vive en municipios de menos de 30.000 habitantes; en Huesca y Teruel, el porcentaje sube hasta la mitad. Aragón es la quinta región de España en términos de producción agraria, por detrás de Andalucía, Castilla y León, Castilla-La Mancha y Cataluña. Su fuerza principal está en los cereales de secano y en la

ganadería porcina. Pero el peso del sector agropecuario dentro de la riqueza de Aragón es doble del de la media nacional: un 6,8%, frente al 3% en el PIB de España, y creciendo.

Este crecimiento es muy notable en la ganadería porcina: con 8 millones de cerdos, estamos hablando de la mayor cabaña porcina de España. En cuanto a la producción agraria, los cereales —cebada y trigo— se llevan la palma, seguidos de patata y alfalfa. El resto es frutal, viñedo y aceituna.

Está claro que el campo tiene un futuro prometedor en la tantas veces mencionada nueva realidad hacia la que vamos, y está claro también que si algo tiene Aragón es «ese gran libro abierto a todas las inteligencias e iluminado por los rayos del sol que se llama el campo», como escribió aquel excepcional naturalista aragonés del siglo XIX, Odón de Buen. Y Aragón tiene capacidad de extraer más rendimiento aún a su sector

agropecuario. La extensión de territorio disponible le da una profundidad estratégica de la que carecen muchas otras comunidades autónomas, y abre la puerta a economías de escala muy interesantes para explotaciones y centros industriales y derivados, teniendo muy en cuenta que los recursos naturales deben estar sometidos a una gestión sostenible, y que la productividad y la competitividad del sector agroalimentario deben reconciliarse con un desarrollo territorial equilibrado.

Los problemas del campo español no se resuelven simplemente porque pase a primer plano su papel gracias a la crisis y suban los precios en origen por la mayor demanda. Hay sectores que sufren y hay industrias, como el turismo rural, que deben adaptarse. Desde Bruselas hemos pedido al ministro de Agricultura, Luis Planas, que impulse una campaña de apoyo a los productos agroalimentarios españoles; y hemos hecho lle-

gar a la Comisión Europea que, además de garantizar ayudas para paliar los efectos de la pandemia en el campo, asegure que los agricultores y ganaderos puedan solicitar ayudas a la Política Agraria Común (PAC), ampliando los plazos. Otros capítulos a los que estamos atentos son el presupuesto de la PAC, que tiene la amenaza del efecto de la salida británica, y los futuros acuerdos comerciales con terceros países, para que compitan en igualdad de condiciones.

Decíamos que el coronavirus nos ha hecho recordar que la agricultura y la ganadería son sectores estratégicos, y hablábamos de la realidad de Aragón. No hay que desaprovechar la situación. De estos sectores procede el abastecimiento de materias primas y productos de primera necesidad, y decenas de miles de empleos de asalariados, autónomos y cooperativistas: la actividad y la vida para zonas castigadas por el desequilibrio demográfico y el abandono. Aprovechar las ocasiones, pues, y no dejar nunca de mirar hacia la UE. En eso estamos, comprometidos con las oportunidades que se abren para el campo español y el de Aragón en particular.

Ramiro Domínguez es portavoz de Agricultura de Ciudadanos en las Cortes de Aragón; Adrián Vázquez Lázara es eurodiputado de Ciudadanos